EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

¡PELÁEZ!

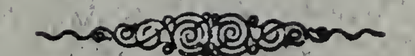
JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO MONASTERIO

Y

JOSÉ CALDEIRO



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1897

¡PELÁEZ!

¡PELÁEZ!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO MONASTERIO

Y

JOSÉ CALDEIRO

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de la COMEDIA
el 16 de Diciembre de 1896.



MADRID
V. VELA, SUCESOR DE J. RODRÍGUEZ
4, CALLE DE LAS CONCHAS, 4

1897

714531

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA LUZ..................	Sra.	Doña Trinidad Vedia.
LOLA......................	Srta.	Garzón.
REMEDIOS..................	»	Boisgontier.
DON FRANCISCO.............	D.	Antonio Riquelme.
PRIMITIVO.................	Sr.	Balaguer.
DON SEVERO................	»	Altarriba.
PEPE......................	»	Galván.

Derecha é izquierda del actor.

Esta obra es propiedad de D. Florencio Fiscowich y D. Eduardo Monasterio, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los propietarios se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados representantes, de El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, y de la Administración Lírico-Dramática, de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO PERIODISTA

é ilustrado crítico

PEDRO BOFILL

Recuerdo de amistad y testimonio de gratitud de sus afectísimos

Los autores.



ACTO ÚNICO

Gabinete elegante: puertas con colgaduras al foro y laterales; en el tercer término de la derecha un balcón. Entre el balcón y la primera puerta de la derecha un secreter con cajones practicables, velador, sofá, etc.

ESCENA PRIMERA

LOLA, al balcón, hablando con uno que se supone fuera; REMEDIOS, vigilando impaciente las puertas.

REM. ¡Por Dios, señorita; basta de telégrafos!

LOLA. ¡Cuánto me quiere! Dice que está dispuesto á hablar á papá...

REM. Eso lo dicen todos.

LOLA. Y á casarse conmigo.

REM. También lo dicen todos, pero no lo hacen.

LOLA. Sí, mujer, sí lo hacen. Ya lo verás.

REM. Dígamelo usted á mí.

LOLA. Este sí se casa, es muy infeliz.

REM. Es que para eso tiene que serlo mucho.

LOLA. (Hablando fuera). ¿Cuándo?... ¿Hoy? (A Remedios). Dice que hoy mismo vendrá su tío el juez á ver á papá, y que va á pedirme.

REM. ¿El qué le va á pedir á usted?

LOLA. La mano, mujer, si es muy infeliz. (Hablando fuera). ¡Ay! no... Eso no.

REM. ¡Señorita!

LOLA. (Fuera). ¡Ay! no, no me atrevo, ¡si te viera mamá!

REM. ¿Qué quiere?

LOLA. Un imposible, subir cuando no estén papá ni mamá. Ya ves.

REM. Pues no es tan infeliz como parece.

LOLA. (Hablando fuera). ¡Dentro de un cuarto de hora!... Pero tengo mucho miedo.

REM. ¡Señorita, que viene su papá!

LOLA. ¡Ah, papá! (Hablando fuera). Espérame... Sí. Volveré. (Mutis por la segunda de la izquierda).

ESCENA II

REMEDIOS y DON FRANCISCO, por la primera de la derecha.

FRANC. ¿Con quién hablabas?

REM. Con la señorita, que está en su habitación.

FRANC. ¿Y mi mujer?

REM. Vistiéndose. (En voz baja). Han traído esta carta para usted.

FRANC. (Mirando el sobre). ¡Ah! sí, de Carlota, ¡toma, y chist! (Dándole una moneda).

REM. ¡Qué ganga son algunas casas! (Mutis por el foro).

ESCENA III

DON FRANCISCO, solo.

Alguna petición, como siempre. (Leyendo). «Tete mío;» siempre me llama así, «la modista me ha traído el vestido.» ¡Si vieras qué bien me está y qué cuerpo me hece! También ha traido la cuenta, que importa sesenta duros.» ¡Atiza, Manco! «Conque ya sabes.» Sí, sí, ya sé... «Te adora tu *Lotita.*» Pues señor, no hay remedio, ¡es tan mona! y luego, que no puedo dudar de su cariño, esta prueba de confianza lo demuestra. ¡Qué ojos tiene y qué boca! ¡Sobre todo, qué boca! En un mes se ha co-

mido tres mil pesetas, y las que se comerá si no pierde el apetito. ¡Si mi mujer se enterara! ¡Dios mío! Vamos á sacar el dinero y á extender otra letra; es decir, á falsificar otra letra, porque para engañar á mi mujer, que tiene otra llave de esta caja, tengo que justificar la falta de dinero diciendo que se lo presto á un tal Peláez, agente de Bolsa de mi invención, é íntimo amigo mío, que me firma estas letras de cambio, pagaderas á dos meses fecha, en que, con el vencimiento del cupón, podré reponer, sin que ella lo sepa, el dinero que se come *Lotita*. (Abriendo el cajón del secreter). ¡Ay, *Lotita*, qué apuros me haces pasar! Vaya, cien duros más que le presto á Peláez. (Escribiendo). No, y sé desfigurar la letra perfectamente.

ESCENA IV

DICHO y DOÑA LUZ, por la primera de la izquierda. Al verla aquél oculta la letra.

LUZ. ¿Qué haces ahí?

FRANC. Pues, hija, sacar quinientas pesetas que me hacen falta.

LUZ. ¿Para Peláez?...

FRANC. Sí, para Peláez.

LUZ. Pero, hombre, ¡si no quedan en casa más que mil!

FRANC. Y qué quieres, es un amigo íntimo al que debo favores, muchísimos favores.

LUZ. Un amigo íntimo á quien yo no conozco.

FRANC. Pues le conoce todo Madrid: es un hombre de mucho crédito, un chico muy rico.

LUZ. Muy rico, ¡y á cada momento te está pidiendo dinero!

FRANC. ¿Y eso qué importa, mujer? Como estamos á fin de mes, y están en baja los ferros, no quiere vender. Además, como su capital se lo permite, gasta mucho, juega fuerte en el Casino... Estos días está de malas y acude á mí, que, como amigo de toda su confianza, sabe que soy reservado y que su crédito no pierde nada.

LUZ. ¡Quiera Dios que ese Peláez no nos dé un disgusto!

FRANC. Un disgusto. ¿Por qué?

LUZ. Por el dinero.

FRANC. Pero si está seguro; tan seguro (como el agua en una cesta). Estas letras son dinero en todas partes. La firma de Peláez es una garantía en Bolsa, y el día que nos hiciera falta, estas letras son negociables á cualquier hora.

LUZ. Si no lo dudo, pero me extraña muchísimo que siendo ese Peláez tan íntimo amigo tuyo no le hayas presentado en casa.

FRANC. No, te diré, te diré; es un hombre soltero, tiene sus líos... unas bailarinas. Tenemos una hija... y luego, que él mismo lo confiesa, las visitas de familia le molestan, está violento... y, ya ves. Conque, hija mía, voy á vestirme para ver á Peláez, que me espera dentro de media hora.

LUZ. Yo también voy á salir. Tengo que ir á comprar la sillería, como sabes. Conque cogeré dinero.

FRANC. Ahí tienes. (Vamos á ver á Peláez; es decir, á Carlotita. ¡Ay, *Lotita*, qué apuros me haces pasar!) (Mutis por la primera de la derecha).

ESCENA V

DOÑA LUZ; PEPE, por la puerta del foro.

LUZ. Cogeré cuarenta duros. (Abriendo el cajón). No quedan ya más que otros cuarenta. ¡Ese señor Peláez!...

PEPE. Hola, querida hermana.

LUZ. Pepe, ¿tú por aquí?

PEPE. Vengo á que me saques de un compromiso terrible.

LUZ. ¿Qué te pasa?

PEPE. Que anoche, en contra de mi costumbre, me puse á jugar en el Casino, perdí lo que tenía en la cartera, tres mil y pico de reales, y el brigadier Manzano, que es amigo mío, y estaba en ganancia, me alargó dos billetes de mil pesetas, diciéndome: «siga usted á ver si cambia la suerte;» yo me resistí; pero la maldita ten–

tación del juego se apoderó de mí; las dos mil pesetas llevaron el mismo camino que los tres mil reales, y hoy, como es natural, tengo forzosamente que devolver á Manzano su dinero.

LUZ. ¡Ah, ya! ¿Y vienes á que te lo prestemos?

PEPE. Eso es; ya sabes que no puedo realizar fondos hasta primeros de mes.

LUZ. Pues, hijo, me veo en la imposibilidad de complacerte.

PEPE. ¡Qué dices!

LUZ. Que no llega á mil pesetas el dinero que hay en casa. Si pudieras esperarte unos días...

PEPE. Imposible: las deudas del juego son sagradas, y si esta tarde á las dos no he devuelto á Manzano su dinero, mi reputación quedaría por los suelos.

LUZ. No te desesperes. Quizás haya algún medio.

PEPE. ¡Un medio! ¿Y cuál?

LUZ. Mira, mi marido tiene aquí letras por valor de tres mil pesetas, pide dinero sobre ellas, es una firma conocidísima y de mucha garantía en Madrid.

PEPE. ¿De quién?

LUZ. De Peláez.

PEPE. ¿Peláez? No le conozco.

LUZ. Sí, hombre, si es muy conocido; juega muy fuerte en el Casino.

PEPE. Sin embargo, no le conozco; como hace poco tiempo que soy socio... en fin, trae, si no hay otro medio.

LUZ. Toma y busca el dinero. (Dándole las letras que ha sacado del cajón).

PEPE. Corro á ver si puedo salvar el compromiso. Con tal que no hayan cerrado la Bolsa. Tomaré un coche para llegar antes. ¡Hasta luego!

ESCENA VI

DOÑA LUZ; luego, DON FRANCISCO, vestido para salir.

LUZ. ¡Maldito juego! ¡Cuántos disgustos proporciona á los hombres! Cada día me felicito más de que mi Paco no tenga vicios.

FRANC. Vamos á ver á Peláez. ¿Quién estaba contigo?
LUZ. Mi hermano Pepe.
FRANC. ¿Ha estado? ¿Y cómo no ha entrado á verme?
LUZ. Tenía mucha prisa; el pobre ha perdido anoche cerca de doce mil reales en el Casino.
FRANC. ¡Pobrecillo! Ahí tienes las consecuencias del juego.
LUZ. Es un mal vicio, ya lo sé.
FRANC. Malo, muy malo.
LUZ. El pobre venía á que le prestáramos dos mil pesetas.
FRANC. ¡Que lástima! ¡Cuánto habrás sentido no poderle sacar del apuro!
LUZ. Sí, sí, le he sacado.
FRANC. ¡Que le has sacado! ¡Cómo!
LUZ. ¡Qué! ¡Te incomodas! cuando tú le prestas todos los días á Peláez...
FRANC. No, si no me incomodo; es tu hermano, y... pero no me explico cómo has podido prestarle...
LUZ. Muy sencillamente, ¿no tengo una llave del cajón?
FRANC. (Asustado). ¡Qué!
LUZ. Le he dado á Pepe las letras de Peláez.
FRANC. ¡Las letras que yo...!
LUZ. Sí, hombre, sí; las letras para que, con su garantía, busque el dinero.
FRANC. (¡Virgen de los Remedios! ¡Las letras en circulación!) ¿Pero tú sabes lo que has hecho, desgraciada?
LUZ. ¿Qué he hecho, habla?
FRANC. (¡Tente lengua, qué iba yo á decir). Mujer, que yo había prometido, jurado, á Peláez guardar su firma.
LUZ. ¡Bah! Y eso ¿qué importa? Entre amigos...
FRANC. (¡Dios mío, poner en circulación unas letras falsas! De esta hecha voy á presidio).
LUZ. Vamos, hombre, cálmate, que no es para tanto.
FRANC. (¿Qué hacer?) Y ¿dónde ha llevado Pepe esas letras?
LUZ. Al Banco.
FRANC. ¡Dios mío! ¡Al Banco! ¡Corro á detenerle!
LUZ. ¿A detener al Banco?
FRANC. ¡A recuperar las letras! Yo le ofreceré mi firma en cambio si la necesita.

LUZ. Pero, hombre, eso es mucho peor para el crédito de Peláez.

FRANC. (¡Ay, si ella supiera!) De ningún modo. ¡Quiera Dios que llegue á tiempo. (Va á salir sin sombrero).

LUZ. Pero, hombre, ¿vas sin sombrero? ¡Espera! (Entra y vuelve después).

FRANC. (¡Una falsificación)! ¡Nada, á Ceuta, á Melilla! ¡Qué se yo! Ya sé que podré decir al juez que ha sido una broma, una falsificación inocente para engañar á mi mujer... pero sí, sí... vaya usted con bromitas á esos caballeros). Pero ¿me das el sombrero?

LUZ. Toma, hombre, y el bastón. (Dándoselos). ¡Qué cabeza! (Mutis por la izquierda).

FRANC. ¡A escape, al Banco! (Al salir corriendo, tropieza bruscamente con Pepe, que entra).

ESCENA VII

DON FRANCISCO y PEPE

FRANC. (Muy apurado durante toda esta escena). ¡Pepe! ¡Eres tú! (Dios mío, ¿qué habrá hecho?)

PEPE. ¿Pero dónde ibas de esa manera?

FRANC. ¡Las letras! ¡Las letras! ¡Habla! ¿Qué ha pasado?

PEPE. Precisamente vengo á eso.

FRANC. ¿A qué?

PEPE. A pedirte informes de Peláez.

FRANC. ¿Dónde has ido?

PEPE. Al Banco.

FRANC. (Cayendo en un sofá). ¡Me perdí!

PEPE. Pero ya estaba cerrado.

FRANC. (Levantándose muy alegre). ¡Me salvé!

PEPE. Después entré en casa de Elorriaga el comerciante...

FRANC. (El mismo juego). Me perdí.

PEPE. Y acababa de salir.

FRANC. (El mismo juego). ¡Me salvé! (Debo tener el pelo blanco). ¡Querido Pepe! ¡Dame las letras! ¡Dámelas, Pepillo!

PEPE. ¡Si no las tengo!

FRANC. ¡Cielos! ¡Pero quieres acabar de una vez! ¿Dónde están?

PEPE. Se las he dado á un agente que estaba en casa de Elorriaga para que las negociase.

FRANC. Corro á cogerle.

PEPE. Es inútil, es un corredor.

FRANC. Es que yo soy más corredor que él.

PEPE. Te digo que es inútil; salió de casa para pedir informes de Peláez.

FRANC. ¿Dónde?

PEPE. Al Gobierno civil.

FRANC. (Cayendo en el sofá). (Ahora sí que me perdí). ¡Me has perdido, Pepe!

PEPE. Pero ¿por qué?

FRANC. ¡Ven, sígueme! ¡Pronto! ¡Corramos!

PEPE. ¿Qué, vamos á casa de Peláez?

FRANC. Sí, Peláez. (¡Ay Peláez! es decir, ¡ay, Lotita, dónde me has metido!) (Mutis por el foro).

PEPE. Espera, hombre, espera. (Idem).

ESCENA VIII

DOÑA LUZ; luego, REMEDIOS

LUZ. ¡Pero qué pasará! ¡Van locos por la escalera! No cabe duda, mi marido me oculta algo. Ese amigo suyo, ese Peláez no me da buena espina. ¡Remedios! (Doña Luz, que ha salido ya con el sombrero puesto, deja el portamonedas en el velador al ponerse los guantes).

REM. ¡Señora!

LUZ. Me voy, tenga usted cuidado, ¿eh?

REM. Vaya usted tranquila, señorita.

LUZ. No abra usted la puerta á nadie.

REM. Descuide usted.

ESCENA IX

REMEDIOS y LOLA

LOLA. ¿Se marchó ya? (Va al balcón). Todavía está allí. (Hablando fuera). Ahora sale...

REM. ¿Ha oído usted el encargo que me ha hecho su mamá?

LOLA. Sí... pero mira... dice que quiere subir.

REM. No, que pueden verle.

LOLA. Que tiene que decirme una cosa muy importante.

REM. Es un compromiso, señorita.

LOLA. Anda, si se va al momento; ya sube. (Campanilla). ¡Ya está ahí!

REM. Bueno, pues allá usted. (Va á abrir y entra con Primitivo).

ESCENA X

DICHAS y PRIMITIVO

PRIM. ¡Gracias, querida Remedios! (Dándole un abrazo). ¡Toma!

REM. ¡Demonio! ¡Y aprieta de firme!

LOLA. Pero hombre...

PRIM. ¡Calla, tonta, si es de alegría! Además, que también hay para ti. (Abrazando á Lola).

REM. ¡Eh! ¡Señorito! No tan cerca. ¡No tan cerca!

LOLA. Sí, sí, sepárate, que eso está mal.

PRIM. Dispénsame, como no tengo costumbre...

REM. Eso, me arrimo.

PRIM. Yo no sé nada de estas cosas. (A Remedios). Anda, déjanos solos.

REM. ¡Solos!

LOLA. ¿Para qué?

PRIM. Para que vigiles si viene alguien, no vayan á sorprendernos; ¡anda, que tengo prisa!

REM. De ninguna manera.

PRIM. Mira, Remedios, cuando nos casemos... te llevaremos á casa y te aumentaré el salario... dos pesetas.

REM. Dos pesetas.

PRIM. Al año. Yo soy así. Y si no eres amable, te pondrá ésta de patitas en la calle.
REM. Bueno, pues dése usted prisa.
PRIM. ¿A qué?
REM. A decir lo que tenga usted que decir.
LOLA. Sí, dime.
PRIM. Pues que á mi tío el juez, que hasta hoy ha estado opuestísimo á que me case, porque dice que no debe un hombre encadenarse tan pronto para toda su vida, le he convencido por fin y me ha prometido venir hoy mismo á ver á tu papá.
LOLA. De veras, ¿y para qué?
PRIM. Primero para conocerle, y luego...
REM. ¡Chist! ¡silencio!
LOLA. ¿Qué pasa?
REM. Que vuelve su mamá.
LOLA. ¡Virgen santísima! Si te ve. ¡Con el genio que tiene!
PRIM. ¿Tiene mal genio?
REM. ¡Uf! Es una fiera.
PRIM. ¿Dónde me meto? ¿Dónde? (Muy apurado).
REM. Ya está aquí.

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA LUZ

LUZ. ¡Qué cabeza! pues no me dejé aquí... (Tomando el portamonedas y reparando en Primitivo). ¡Eh! ¡un hombre! ¡caballero!
PRIM. Señora, yo... (¡no sé qué decir!)
LOLA. Di algo, por Dios. (Aparte á Remedios).
REM. Pues... este caballero... ha venido...
PRIM. Sí, señora... eso... he venido...
REM. Preguntando por don Francisco Becerro.
LUZ. ¿Por mi esposo?
PRIM. ¿Su esposo de usted es Becerro? (Hablando con mucha timidez).
LUZ. Sí, señor.
PRIM. ¿Entonces usted es la señora de Becerro?

LUZ. Servidora de usted.

PRIM. Muy señora mía.

LUZ. ¿Venía usted quizá á hablar de negocios?

PRIM. No, de negocios precisamente, no... de visita, una visita corta. Muy cortita, tan cortita, que ya me voy.

REM. Dice que es muy amigo del señorito.

PRIM. Sí, eso, soy amigo de Becerro... íntimo amigo de Becerro. (Pues señor, ésta va á hacer que me encune ese Becerro).

LOLA. ¡Ah! ¿su nombre de usted, caballero?

PRIM. ¿Mi nombre? (¡Y qué nombre digo yo!)

LUZ. Titubea. Esa turbación... ¡Ya caigo!... ¿A que usted es Peláez?

PRIM. (A que no.) Peláez...

REM. Sí, señora... Peláez ha dicho al entrar.

PRIM. (¡Pero en qué va á parar esto!)

LUZ. No sabe usted, caballero, los deseos que tenía de conocerle.

PRIM. Muchas gracias, señora, pero puesto que no está Becerro... (Queriendo irse).

LUZ. No; si debe estar llegando. (Sujetándole siempre que trata de marcharse).

PRIM. ¿Está llegando? Pues por eso precisamente... volveré luego.

LUZ. No, no, de ninguna manera, permítame usted que le detenga.

PRIM. Señora, déjeme usted marchar. (¡Si ahora entra Becerro, me embanasta!)

LUZ. Niña, ve á estudiar tu lección de piano. Remedios, déjanos. Tengo que hablar con este caballero.

LOLA. (¡Ay, Dios mío! ¡qué va á pasar aquí!)

LUZ. Y tú.

REM. (¡Eso es lo que quiero! ¡allá se las arreglen!) (Mutis).

LOLA. Caballero... (Saludando; mutis por la segunda izquierda).

PRIM. Señorita...

ESCENA XII

DOÑA LUZ y PRIMITIVO

LUZ. Vamos, siéntese usted, señor Peláez.

PRIM. (¡Eh! ¡ah! ¡sí, que soy yo!) (Se sienta con miedo, se oye ruido y se levanta asustado). ¡Eh!

LUZ. ¿Pero qué le pasa á usted?

PRIM. Nada, creí que era Becerro y... (Me preparaba á saltar le barrera.

LUZ. Si no sé como no se han cruzado ustedes en el camino...

PRIM. No, pero ya nos cruzaremos; (es decir, ya me cruzará... la cara).

LUZ. Porque Francisco ha ido á su casa de usted...

PRIM. ¡A mi casa! (¡Ah, sí, á la de Peláez!)

LUZ. A llevarle á usted eso.

PRIM. ¡Eso!

LUZ. Aquello.

PRIM. ¿En qué quedamos? Eso ó aquello.

LUZ. Pero bien debe usted saber qué es.

PRIM. Ya sé. (¿Qué será aquello?)

LUZ. Ya, por Becerro, conocía la natural timidez de usted. Que estas visitas le molestan.

PRIM. ¡Ay! sí, señora; mucho, por eso me permitirá usted... (Queriendo irse).

LUZ. (¡Qué grosero!) De ningún modo, ya que he tenido la fortuna de verle, no debo permitir...

PRIM. ¡Señora!

LUZ. La cariñosa amistad que le profesa mi esposo me autoriza á hablarle á usted con franqueza. Francisco me habla mucho de usted, así es que me ha hecho varias confidencias.

PRIM. ¿Que le ha hecho usted?...

LUZ. Sí, señor, y por cierto que me extraña que un joven como usted observe una conducta tan... tan...

PRIM. Sí, tan... tan... (tarantán. ¡Qué conducta observaré yo).

LUZ. Tan poco conveniente.

PRIM. (Ahora me voy á enterar de los líos de Peláez). Señora, aseguro á usted, que yo...

LUZ. Es inútil el fingimiento; mi marido me lo ha contado todo, todo. Sí, señor, todo.

PRIM. Qué cosas tiene Becerro. Contárselo á usted todo.

LUZ. Sé lo del Casino y hasta lo de las bailarinas...

PRIM. ¡También le ha dicho á usted lo de las bailarinas! Entonces permítame usted que me vaya, después de haberle dicho á usted lo de las bailarinas.

LUZ. (Sujetándole). No le culpe usted. No ha tenido más remedio que decírmelo, porque la caja tiene dos llaves.

PRIM. ¡Ah! tiene dos llaves la caja de las bailarinas.

LUZ. ¡La nuestra! y como yo tengo una...

PRIM. Usted tiene una... ¡Ah! vamos, sí... (cada vez estoy más á oscuras).

LUZ. Por eso estoy enterada de los empréstitos que le hace mi esposo.

PRIM. (¡También empréstitos! ¡Pues señor, es una ganga ese Pelaecito!)

FRANC. (Dentro). Bien, bien. (Primitivo se levanta asustado).

LUZ. Ya está ahí Becerro.

PRIM. (¡Becerro! ¡Santa María de la Cabeza!)

LUZ. ¡Ah! ¡qué idea! ¡escóndase usted ahí!

PRIM. Señora.

LUZ. Es para que se sorprenda.

PRIM. No, si se sorprenderá de todos modos.

LUZ. Ocúltese usted detrás de esa cortina.

PRIM. (¡En buena me he metido!)

ESCENA XIII

DICHOS y DON FRANCISCO

FRANC. (¡Uf! ¡lo que he corrido! ¡he visto al corredor y le he dado muy malos informes de Peláez!

LUZ. ¿Lè has visto?

PRIM. (¡Si puediera escapar!)

FRANC. ¿A quién? ¿á Peláez? Vengo de su casa.

LUZ. ¿Y qué?

FRANC. Que no he podido verle; me ha dicho el portero que salió anoche para Barcelona.

LUZ. Pues te ha engañado.

FRANC. ¡Qué! ¿Cómo que me ha engañado?

LUZ. Sí, porque Peláez no ha salido de Madrid.

FRANC. ¡Y tú qué sabes!

LUZ. Porque le he visto.

FRANC. (Virgen santísima). ¡Que tú... has visto á Peláez!

LUZ. Vaya, y le he hablado.

FRANC. (¡Caracoles)! ¿Sabes lo que dices?

LUZ. Ya lo creo, y ahora le vas á ver tú. ¡Peláez! (Sacando á Primitivo). Aquí le tienes.

PRIM. (¡Me encunó!)

FRANC. ¡Peláez!

PRIM. (Ahora del primer puntapié voy por el balcón).

LUZ. ¿Qué te pasa?

FRANC. ¡Ah! ¿Pero es usted?... (El actor sacará de esta situación el partido que su talento le inspire).

PRIM. (¡Y me reconoce!)

FRANC. (¡Quién será este hombre!)

LUZ. ¿Pero qué tienen ustedes?

PRIM. Nada.

FRANC. Nada... la sorpresa...

PRIM. (¡Y no me echa!)

LUZ. ¡Pero te has sorprendido!

FRANC. Ya lo creo.

PRIM. ¿No le dije á usted que se iba á sorprender?

FRANC. (¡Pero quién será este tipo!)

LUZ. Yo sí que estoy sorprendida al ver la acogida que se hacen dos amigos tan íntimos.

FRANC. ¡Estaba tan lejos... de...!

PRIM. Eso, estábamos tan lejos... el uno del otro.

LUZ. ¡Ah! ¡Ya adivino!

PRIM. (¡Qué adivinará!)

LUZ. Sí, eso es, Becerro le tenía á usted prohibido venir aquí.

PRIM. No, pero por lo menos no esperaba verme.

FRANC. Es verdad, no esperaba verle, y en el primer momento...

LUZ. Pues Peláez ha hecho muy bien en venir, y tú no debes ofenderte con él.

FRANC. No, si no me ofendo.

PRIM. No, no se ofende. (¡Pero qué pensará de mí este hombre!)

LUZ. Pues si eso es verdad, dénse ustedes la mano como buenos amigos.

FRANC. Si te empeñas...

PRIM. Si se empeña usted...

LUZ. Vamos.

FRANC. ¿Cómo estás, Peláez? (¡Quién será este truhán!)

PRIM. Bien, ¿y tú, Paco? (¡No conoce á Peláez!)

LUZ. Y ahora que están hechas las paces, hablemos de negocios.

PRIM. Sí, sí; hablemos. ¡Qué demonio de Becerrete este! (Muy decidido, y acariciando á Becerro).

LUZ. Cuanto más amigos más claros, y una cosa es la amistad y el dinero es otra cosa, como dijo Cervantes.

FRANC. No, mujer, Calderón.

PRIM. (Vamos, el matrimonio está bien de literatura).

LUZ. Lo mismo da. Conque si usted gusta, hablaremos un poco de las letras.

FRANC. (Tosiendo y haciendo señas á Primitivo). ¡Ejem! ¡Ejem!

PRIM. Bueno, hablaremos de las letras y de las artes.

FRANC. Y de las ciencias.

LUZ. Según me ha dicho Becerro, usted es rico.

PRIM. ¿Le ha dicho á usted...?

LUZ. Sí, señor; que es usted muy rico.

PRIM. No, señora; muy rico no, pero tengo una cosa regular.

LUZ. Bien, el caso es que tiene usted crédito.

PRIM. ¡Ah! eso sí, mucho crédito.

LUZ. Ya sé que á Peláez le conoce todo el mundo.

PRIM. (¡Pues si todo el mundo le conoce como en esta casa!...)

LUZ. Por lo tanto, no es que desconfíe de usted, ni muchísimo menos; pero tres mil pesetas en dos meses, y gastadas en locuras... (Don Francisco le hace señas á Primitivo).

PRIM. Gastadas en... (¡Ah! ¡empiezo á comprender!)
FRANC. (¡Pero, señor, quién será este hombre!)

ESCENA XIV

DICHOS y PEPE

PEPE. ¡El maldito corredor no quiere prestarme un céntimo!
FRANC. ¡Ah! ¡entonces las letras!...
PEPE. Ahí están: dice que no le inspira confianza ese Peláez, que...
LUZ. Hombre, por Dios. Este señor es Peláez.
FRANC. (¡Otra te pego!)
PEPE. ¡Cómo! ¿Usted es Peláez?
PRIM. Sí, señor; eso dicen...
LUZ. ¡Cómo que eso dicen!
PRIM. Que eso dicen mi fe de bautismo y mi cédula de vecindad. (¡Ya me descubría!)
PEPE. Pues si el bribón del corredor me ha dicho quo no existía usted.
PRIM. Sí, señor; sí existo. Ya lo creo que existo.
PEPE. ¡Entonces me he salvado!
PRIM. ¿Por qué?
PEPE. Porque usted puede acompañarme á ver al corredor.
FRANC. ¡Oh! no, de ningún modo, el señor no puede.
PRIM. Puedo hacer algo mejor que eso.
FRANC. } ¡Qué!
PEPE. }
PRIM. Pagar esas letras que están á mi nombre. (Así salvo á mi futuro suegro del compromiso).
FRANC. ¡Pagarlas!
PRIM. Sí; pero como aquí encima no tengo esa cantidad, tendrá usted que venir á mi casa.
PEPE. Con mucho gusto.
FRANC. (¡Las quiere pagar! ¡Quién será este hombre!)
LUZ. Yo en cambio exijo de usted una cosa.
PRIM. ¿Cuál?
LUZ. Que vuelva usted, quiero que almuerce usted con nosotros.

FRANC. ¡Ah! sí, Pelaecito, que te esperamos á almorzar. Ya sabes que siempre te lo estoy diciendo. (A ver si así tengo ocasión de que me diga...)

PRIM. Bueno, volveré. (Voy á decirle á mi tío que venga ahora mismo; es la mejor ocasión, él les explicará). Voy á pagar las letras. (A don Francisco). Dentro de un momento recibirá usted una visita.

FRANC. ¡Una visita!

PRIM. (Un caballero que le tiene á usted que hablar de un asunto muy serio).

FRANC. (¡Un asunto muy serio! ¿Que será?)

PRIM. Conque señora...

LUZ. Que le esperamos.

PRIM. No tardo. Hasta luego, Becerrete. Vamos, ¡caballero!

PEPE. Cuando usted guste.

ESCENA XV

DICHOS menos PEPE y PRIMITIVO; luego, REMEDIOS

FRANC. ¡Va á pagar las letras!

LUZ. ¿Sabes que es simpático Peláez?

FRANC. Sí, muy simpático.

LUZ. Y parece un buen chico.

FRANC. ¡A ti te parece un buen chico!

LUZ. En toda la extensión de la palabra.

FRANC. (Pero, señor, ¡á qué habrá venido aquí ese hombre!)

LUZ. Mira, voy al comedor á disponer lo necesario. Si viene entre tanto, discúlpame.

FRANC. Descuida.

ESCENA XVI

DON FRANCISCO; luego, REMEDIOS

FRANC. ¡Pero qué idea tendrá ese hombre al pagar las letras! ¡y quién será! ¡Dios mío! ¡quién será! porque ni él es Peláez, ¡ni Cristo que lo fundó! ¡Querrá tener las letras en su poder para vendérmelas luego muy caras! ¡Será

un agente que, enterado del asunto, habrá querido poseer la prueba material de la falsificación! ¡Lo que no cabe duda es que estoy muy comprometido! ¡Ay, Lotita, por qué te conocí!

REM. Señor.

FRANC. ¡Eh! ¿qué quieres?

REM. Un caballero pregunta por usted.

FRANC. ¡Un caballero! ¿no te ha dicho cómo se llama?

REM. Me ha dado esta tarjeta.

FRANC. A ver: Severo Roca, juez... (Gesto de terror cómico). de instrucción. (¡Un juez! ¡estoy perdido!) ¿Y le has dicho que estaba en casa?

REM. Sí, señor.

FRANC. ¡Me has perdido!

REM. Me ha hecho varias preguntas.

FRANC. ¿Que te ha preguntado? dime.

REM. Que qué sabía de usted. Que si tenía buena fama.

FRANC. ¡Una indagatoria!

REM. Que si había usted quebrado... alguna vez.

FRANC. ¿Y tú le has dicho...?

REM. ¡Yo cómo iba á saber esas cosas!

FRANC. ¿Y dónde está?

REM. Ahí, en el recibimiento.

FRANC. (¡Viene á prenderme! yo me escapo). Sácame la cartera de viaje y la maleta que está en mi alcoba.

REM. ¿Va usted de viaje? (Vase).

FRANC. Sí... digo no... Es para un amigo.

ESCENA XVII

DON FRANCISCO solo.

No hay duda; el tal Peláez es un agente de la policía y ha venido á apoderarse con astucia de las letras falsas, y una vez en su poder, las ha entregado al juez para que me prendan. ¡Está más claro que el agua! no cabe duda, me llevan á presidio; no, ¡primero la muerte! ¡huiré por la otra escalera! (Va á salir y se encuentra con don Severo).

ESCENA XVIII

DICHO y DON SEVERO

SEV. ¡Caballero! (Este debe ser Becerro).

FRANC. (¡El juez! ¡me agarró!)

SEV. (Pausa, durante la cual mirará fijamente á don Francisco). (Parece un infeliz el futuro suegro del estúpido de mi sobrino).

FRANC. (¡Cómo me mira! debo llevar el crimen en la cara).

SEV. Caballero, el asunto que aquí me trae es serio, muy serio.

FRANC. Ya lo sé; sí, señor, ya lo sé.

SEV. Me alegro, porque así iremos derecho al asunto; debo decir á usted que aunque hoy me veo obligado á dar este paso, créame que es contra mi voluntad y de mis ideas, y si hoy al fin lo doy es de una manera violenta.

FRANC. ¿Violenta?

SEV. Sí, señor, y esto es natural, tratándose de encadenar á una persona para toda la vida. (Gesto de terror de don Francisco, dejando caer el sombrero y el bastón que tiene en las manos).

FRANC. ¡Por toda la vida! ¡A cadena perpetua! No tanto, caballero, me parece que no es para tanto.

SEV. Es lo más probable.

FRANC. ¡Cómo se conoce que se llama Severo Roca!) Este hombre es más duro que su apellido.

SEV. Así es que, en un asunto como el que nos ocupa, todas las precauciones son pocas, que nunca están demás todas las seguridades.

FRANC. (¡Han tomado precauciones!)

SEV. Por eso me ha de permitir usted que, antes de tomar una resolución, pida algunos informes, y le dirija algunas preguntas.

FRANC. (¡Va á empezar el interrogatorio! ¡Aplomo, mucho aplomo!)

SEV. ¿Usted será, de seguro, el señor Becerro?

FRANC. (¡Oh! ¡Qué idea!) No, señor, yo no soy Becerro; soy Manso.

SEV. ¡Becerro Manso!

FRANC. No, señor, Manso sólo. Manso, el amigo de Becerro, que ha salido hace un momento y le estoy esperando. (¡Ahora se irá!)

SEV. Bueno, pues siendo usted amigo de Becerro, podrá usted darme algunos informes.

FRANC. Sí, señor; todos los que usted guste. (¡Se queda!)

SEV. ¿Será usted franco?

FRANC. ¡Oh! Muy franco.

SEV. Ese Becerro, ¿qué tal es?

FRANC. Bueno... buena persona... un hombre honradísimo... un padre cariñoso y un esposo modelo... Que por ser tan modelo... (va ir á la Cárcel Modelo).

SEV. Ya veo que es usted un buen amigo suyo.

FRANC. ¡Ah! No, señor juez, le estoy á usted diciendo la verdad, la verdad pura.

ESCENA XIX

DICHOS; REMEDIOS, con una cartera de viaje y una maleta.

REM. Señorito, aquí están la cartera y la maleta.

SEV. ¡Qué!

FRANC. (A Remedios.) (¡Qué has hecho, desgraciada!)

SEV. Por lo que veo, me ha engañado usted. ¿Usted es Becerro?

FRANC. (¡Ocultación de nombre! ¡Otro delito!)

SEV. Comprendo, ¿quería usted verme venir?

FRANC. No, señor; verle á usted (marchar). No... sí... es decir... yo... señor Roca...

SEV. ¿Y va usted de viaje por lo visto?

FRANC. No, si esto es para un amigo... la chica puede decir...

SEV. Es inútil, puede usted dejarnos solos. (Vase Remedios). Ahora ya podemos hablar de Primitivo.

FRANC. ¡Primitivo! ¿De qué Primitivo?

SEV. De Peláez, hombre, el falso Peláez. (Riéndose).

FRANC. ¡Ah! el truhán bien ha sabido encontrar un recurso para entrar en casa.

SEV. Tiene usted que dispensarle; en la situación á que queremos llevar las cosas, tenía que obrar así, y como es natural, al encontrarse con ustedes se vió precisado á ocultar su nombre.

FRANC. (¡De la policía secreta!)

SEV. Lo que no me explico es como usted pudo creer que era Peláez.

FRANC. ¡Yo qué había de creer eso! De sobra sabía yo que no lo era, pero como estaba mi mujer delante...

SEV. ¿Pero su mujer de usted, no sabe nada?

FRANC. ¡Qué ha de saber hombre, qué ha de saber!

SEV. ¡Pues qué! ¿tiene ella otra manera de pensar respecto al asunto?

FRANC. No, señor; es que ese es un asunto de mi exclusiva y personal competencia.

SEV. (¡Es un hombre enérgico!) Perfectamente. En ese caso, sólo me falta hacerle á usted seria y formalmente la petición de Primitivo.

FRANC. ¡Una petición!

SEV. Sí, señor. Pero hablemos con franqueza. ¿Qué es lo que piensa usted darle?

FRANC. ¡Darle yo! (¡Ah! ¡ya caigo! ¡quieren venderme las letras! ¡está claro! ¡evitaré el escándalo!) Pues yo creo que... unos dos mil duros... me parece...

SEV. ¡Dos mil duros! ¡Hombre, por Dios! con una fortuna como la de usted, y en una situación como esta...

FRANC. (Regatea la venta). Vamos, cuatro mil.

SEV. ¡Oh! todavía me parece poco.

FRANC. Y á mí también me parece poco; pero como no sabía... (¡Lo que quieren ganar!) Seis mil.

SEV. Seis mil... vaya por los seis mil; ¿quedamos en que seis mil?

FRANC. Sí, señor; seis mil.

SEV. Pues en ese caso, y para ver si quedamos de una vez conformes, podía, si usted quiere, redactar yo mismo el borrador del acta.

FRANC. Como usted guste. (No pierde ripio. ¡Oh! ¡qué idea!) Sí... sí, señor, aquí en mi despacho puede usted, con toda comodidad, escribir á sus anchas.

SEV. Voy con permiso de usted. (Entra por la primera de la derecha).

FRANC. Yo voy en seguida. (Cerrando la puerta con llave). Conque seis mil duros, ¡jamás! ¡Cómo está la judicatura! ¡Ahora á la estación! (Coge la maleta y la cartera y se dirige hacia el foro. Allí, al ver á Lola que sale por la segunda de la izquierda, titubea como queriendo despedirse de ella. Esta, sin ver á su padre, entra buscando á Remedios por la primera de la izquierda, sin que la vea entrar su padre, que se oculta tras del portier).

ESCENA XX

DICHO; LOLA, que sale por la primera puerta de la izquierda buscando á Remedios, y viendo que no está entra por la segunda del mismolado. Luego, PRIMITIVO

LOLA. Remedios, ¿dónde estará Remedios? (Se mete).

FRANC. ¡Ah! ¡mi hija! ¡pobre hija mía! ¡no tengo valor para despedirme de ella! (Ahora se mete Remedios en la primera de la izquierda).

PRIM. (Tropezando al entrar con don Francisco). Ya estoy aquí.

FRANC. Ahora sí que no hay escape.

PRIM. ¿Dónde va usted?

FRANC. Pues á dar un paseito.

PRIM. ¿Y mi tío?

FRANC. ¿Qué tío?

PRIM. El que ha debido estar hablando con usted.

FRANC. Don Severo. ¡Ah! es su tío de usted. Qué familia más afortunada. Pase usted, ahí está. (Deja en el suelo la maleta y la cartera. Le hace entrar en la habitación donde entró antes Lola y echa la llave. Luego se oye la voz de Lola, y vuelve á abrir corriendo).

LOLA. Papá... pero papá.

FRANC. (Que habrá vuelto á coger la cartera y maleta para escapar, oye

desde el foro la voz de su hija, y tirando violentamente lo que lleva, va á abrir la puerta). ¡Demonio! ¡le encerré con mi hija!

PRIM. Pero señor Becerro, ¿por qué me encierra usted con mi prometida?

FRANC. ¡Cómo que!

PRIM. ¿Pero no se lo ha dicho á usted mi tío?

LOLA. Sí, papá.

FRANC. Pero ¿quién es su tío?

PRIM. Don Severo Roca, juez de instrucción, que venía...

FRANC. (Tapándole la boca). Por Dios, no diga usted delante de ella á lo que venía.

PRIM. ¿Pero donde está?

FRANC. Aquí. (Abriendo la puerta).

ESCENA ÚLTIMA

TODOS

SEV. Ya está el acta.

FRANC. ¿El acta de acusación?

SEV. No, hombre; el acta de matrimonio de Primitivo Roca, mi sobrino, con su hija de usted.

FRANC. ¡Cómo de matrimonio!

SEV. Sí, la del matrimonio y dotación de la dote.

FRANC. ¡Bestia de mí! y yo que creía... ¿pero las letras?

PRIM. Aquí están, pagadas. (Dándoselas). Comprendí desde luego que era un lío, y...

FRANC. Sicencio, ¡joven generoso! Aumentaré esta contidad á la dote; su conducta de usted me ha llegado al corazón.

LUZ. (Saliendo). Ha sido usted puntual, señor Peláez.

FRANC. El señor no es Peláez.

LUZ. ¡Cómo que no!

FRANC. Es Primitivo Roca, para quien su tío don Severo...

SEV. Servidor de usted.

FRANC. Ha pedido la mano de nuestra hija.

LOLA. Sí, mamá.

FRANC. (Aparte á doña Luz). (Es un excelente partido, di que sí).

LUZ. ¿Pero entonces las letras?...

FRANC. Peláez, antes de salir para Barcelona, me hizo el encargo de liquidar sus cuentas, y por eso pagué.

SEV. (Aparte á don Francisco). ¿Pero dígame usted? Eso de las letras, que no lo veo claro, ¿qué ha sido?

FRANC. (Aparte á don Severo). Nada, cuestión de una mujer. Un lío.

SEV. Sí, comprendido; á mí me pasa lo mismo con *Lotita*.

FRANC. (Gesto de asombro muy pronunciado). ¡*Lotita*!!!

SEV. Sí, ¡Carlota! yo siempre la llamo así; ella, en cambio, me llama á mí Tete, ¡qué mujer!

FRANC. ¿Tete?

SEV. Tete.

FRANC. La misma. Choque usted, compañero. Ya somos parientes. (Ahora ya no falsifico más letras; que pague éste).

SEV. Conque ya no falta nada.
FRANC. Hombre, pues no ha de faltar.
SEV. ¿Pues qué falta?
FRANC. Una palmada,
si es que nos la quieren dar.

FIN DEL JUGUETE

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los Corresponsales de esta Galería ó acudiendo al EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libreros ó Agentes.